

- (38) Obra citada, p. 259.
- (39) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, p. 100.
- (40) II-II, q. 104, V.
- (41) I, q. 96, IV.
- (42) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, p. 91.
- (43) Pol., VI, II, 2.
- (44) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1940, pp. 91 y 92.
- (45) Ibid., pp. 92 y 93.
- (46) Julio Meinvielle, obra citada, p. 113.
- (47) Ibid., pp. 110 y 111.
- (48) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, p. 93.
- (49) Ibid., p. 94.
- (50) Ibid.
- (51) Ibid., p. 111.
- (52) Ibid., febrero y marzo de 1943, pp. 5 y 6.
- (53) Ibid., abril y mayo de 1943, pp. 109 y 110.
- (54) Ibid., pp. 111 y 112.
- (55) Diuturnum Illud. "La Doctrina Social de la Iglesia, según las Encíclicas de León XIII". Edit. Difusión, p. 33.
- (56) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, pp. 97 y 98.
- (57) Ibid., p. 110.
- (58) Ibid.
- (59) Ibid., p. 91.
- (60) Libertas. Obra citada, p. 117.
- (61) Ibid., p. 118.
- (62) Ibid.
- (63) Libertas, obra citada, pp. 117 y 119.
- (64) Libertas, obra citada, p. 119.
- (65) Lucio Pabón Núñez. "La Tridivisión del poder público". Editorial Voluntad, p. 70.
- (66) Alvaro Gómez Hurtado. "Al margen de una polémica. Santo Tomás, Bolívar y la Hispanidad". "El Siglo", mayo 1º de 1943.
- (67) Lecuna. Cartas. Tomo III, p. 59.
- (68) Ibid., tomo IV, p. 294.
- (69) Pol. IV. VI, 5.
- (70) Lecuna. Cartas. Tomo II, p. 115.
- (71) Ibid., p. 355.
- (72) Ibid. Tomo IV, p. 208.
- (73) Lecuna. Cartas. Tomo II, p. 177.
- (74) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", febrero y marzo de 1943, p. 12.

- (75) Ibid., p. 13.
- (76) Blanco Fombona. "Cartas de Bolívar". Sociedad de ediciones Louis-Michaud., p. 131.
- (77) Ibid., pp. 284 y 285.
- (78) Ibid., pp. 132 y 139.
- (79) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, p. 108.
- (80) "Revista de las Indias" Nos. 23-24, noviembre y diciembre de 1940, p. 43.
- (81) "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario", abril y mayo de 1943, p. 111.
- (82) "Derecho Constitucional Primero" (Teoría General del Estado), p. 11, 33.
- (83) Darío Echandía. "Nuestros grandes profesionales", "El Siglo" de 26 de agosto de 1943, p. 5.
- (84) Paul Claudel. "Autodefensa de Judas y Pilatos". Editorial Difusión, p. 22.

## EL TORO DE SIETE COLORES

Pasaba una temporada veraniega, hace ya varios años, en nuestra pequeña propiedad. Amaba el campo, lleno de sol y de pájaros, que yo encontraba entonces tan jubiloso y vivo y tan ingenuo como mi propia alma; allí pasaba días que ahora se me han vuelto inolvidables, porque sus horas transcurrían entre pequeños sucesos y mínimas aventuras, que mi imaginación acrecentaba, con esa fuerza y colorido que tienen las primeras impresiones. Hay imágenes imborrables: el campo, donde los setos de naranjos se llenaban de azahares y cubrían de sombra y de reposo las pequeñas acequias; las frondosas ceibas taladradas de blancas colmenas; la vasta corraleja y el trapiche de piedra, con su pajar y su redondel, donde daban vueltas interminablemente los uncidos bueyes. Por las noches, nos tumbábamos sobre las pilas de bagazo, tibio y oloroso; acudían al corro bullicioso, jornaleros, merodeadores y gamines, y allí fue donde escuché, perplejo, muchas historias maravillosas, que brotaban de pronto de la confu-

sa tertulia, adonde llegaban débiles los resplandores de las hornillas y muy apagadas las voces de los copleros.

El seno de la tierra apareció entonces a mi mente, como un mundo de dorada leyenda, poblado de extrañas figuras y parajes y enriquecido con la inagotable fantasía de aquellos humildes labriegos. Oí hablar de los indios, esos seres misteriosos que habitan palacios subterráneos, y oí mencionar también, con temor, la Laguna del Toro; recordé entonces aquellos pantanos y tremedales, cubiertos de juncos, que yo encontraba cerca del camino cuando me trasladaba al campo. En Soatá, ese pueblecillo feliz del norte boyacense, se les guarda un consabido terror a esas fuentes y sumideros, sobre los que se han forjado historias escalofrantes. La Laguna del Toro!, aquel nombre me sugería alguna narración emocionante; pregunté a los campesinos por su origen y escuché una explicación que me dio el significado del recelo con que se miraba aquel oculto y apartado lugar.

Aquello ocurrió en una época que nadie ha sabido fijar; todos lo cuentan a su manera, y como si lo hubiesen visto. Y a la mía lo narraré yo. Acababa de suceder algo extraordinario; hacia la vega del río Chicamocha algunos pastorcillos de cabras oyeron una tarde un bramido que les dejó horrorizados; aquel sonido a secas ya se había escuchado por allí muchas veces, pues aunque la región se muestra en extremo quebrada y montañosa, es frecuente encontrar también primorosos vallecitos, donde pastan los bueyes de labranza; no hay por qué restarles méritos a estos sumisos animales; también ellos levantan todas las tardes el sometido testuz y se comunican con tiernos mugidos. Pero el que acababan de oír los cabreros era algo muy distinto: era claro, firme, atrevido y temerario. Sería ilusión o bellaquería de rapaces? No; aquel bramido, aquel reto, llegó hasta las casas pajizas, en cuyos corredores cenaban los campesinos. Ese rincón de paz no la volvió a tener por muchos días, ni sus gentes continuaron disfrutando de agradable reposo; cuando éstas lo pasaban más desprevenidas y alimentando el señuelo de que alguien pusiera fin a tamaña zozobra, vibraba de improviso el diabólico bramido; algunas veces parecía venir de las cimas más elevadas; entonces el timbre de aquella voz quedaba resonando en el aire, suspendida por largo rato; pero otras veces llegaba de las cañadas más profundas y era cuando infundía verdadero pavor, porque todas las vertientes recogían el eco, que se escapaba por los desfiladeros con un gemido intermitente, lanzándolo en seguida contra los peñascos del río, donde se quebraba con un ruido metálico y temeroso.

Aquello pasaba de raya; ninguna persona se atrevió ya a aventurarse más allá del rústico corral, a pesar de la poca o ninguna seguridad que les ofrecían sus cuarteadas chozas. Yacían, pues, allí, aquellos hombres, aquellos bien templados aceros, enmoheciéndose en sus vainas; un buen día, se despojaron de su recelo y cobardía y salieron con un ligero escalofrío, mal disimulado, a poner en claro aquel pavoroso misterio; pero no se crea que esta resolución fue tomada muy a la ligera y sin fundamento

alguno; no; fue que aquel bélico bramido tornóse poco a poco casero y patriarcal.

¡Hum! La cosa era sospechosa. Si sería que el fantástico ser revelaba, como cualquier hijo de vecino, su punto débil, y si oculto hasta entonces no por eso menos vulnerable. Marcharon los atrevidos campesinos en la dirección del sonido y desde un brusco recodo, de donde se divisaba un valle de verde pasto ¡extraordinario suceso!, pudieron contemplar aquellos audaces que lo que buscaban era más digno de admiración que de irrazonados sobresaltos.

En medio del traqueado hato de trabajo bufaba y escarbaba un soberbio y maravilloso toro; cruzaban su dorada piel, en todas direcciones, los siete colores del iris; sí, no había duda; allí estaban todos en su más luminosa intensidad: violeta, azul turquí, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo; el cuerpo, los cuernos y pezuñas eran de oro purísimo y en torno de él hacíase un halo brillante y transparente, hecho de rayos y destellos. Era indudable que aquel altivo y solitario animal tenía sus lazos gregarios con nuestro desbravado ganado de arado y ramal; había comprendido que la vida era más placentera pasada en una grata y comprensiva compañía; porque si antes su única complacencia era escuchar el eco que respondía a sus formidables voces, ahora sentía un íntimo regocijo cuando aquellos deslomados seres, que tanto parecido tenían con él, se agrupaban, respetuosos, en torno a su orgullosa personalidad. Hasta tanto había llegado la confianza, que una vaquita, que había sentido un cosquilleo de curiosidad, le pasó la tierna lengua por el opulento morrillo; y aunque el amor empieza por el gusto, ¡oh flaqueza de los seres extraordinarios!, aquella figura semidivina tembló un poco y sus colores perdieron algo de su brillo.

Corrió velozmente la noticia por toda la población. No; ¡eso era imposible! Pero no hay imposibles para aquella gente acostumbrada a vencerlos, y creyeron también en aquél. En otra parte, la noticia hubiera despertado recelos, dudas, exorcismos; allí sólo se pensó en asperjar con agua de hisopo el áureo encantamiento. El procedimiento es infalible: aquellos tesoros, que no se sabe a qué prodigio brotan de la tierra con el fuego de la vida, tornan a cobrar su primitiva mineralidad, con una asperjación de agua bendita. En todos los corazones se levantó no se sabe si la codicia o la esperanza; allí iba la indigencia a tener su desairado final; cambiaría sus harapos y sus pringues por un atuendo de oro y lentejuelas. Con procedimiento tan sencillo, todo el mundo se sintió llamado a conquistar el preciado tesoro; el fiscal del circuito se anticipó a iniciar un juicio de adjudicación por el total del hallazgo; como no pudiera clasificarlo ni como tesoro ni en calidad de semoviente, despojóse de sus escrúpulos y lo consideró de antemano como cosa inanimada para los fines consiguientes; el fisco tampoco supo aplicarle a aquella cabeza real el impuesto sobre degüello, pero se preparó a esquilarse el carnero tributario, que en ese caso era el municipio, presunto titular; el cura párroco anunció para aquel embrujo la hoguera purificadora, y aunque tanto la potestad ecle-

siástica como la autoridad civil estaban de acuerdo en someterlo a la prueba del fuego, el apoderado municipal insistía en fundirlo en la casa de moneda. Sobra decir que la pila del agua de la iglesia estuvo vacía durante algunos días, a pesar de que el sacristán la proveía con piadoso afán; y es fácil suponer que si los argonautas se cubrieron de acero y heroísmo cuando emprendieron la conquista del vellocino de oro, el arma única de que disponían estos valientes de mi cuento era el agua consagrada, único posible desfacedor de aquel encantamiento apetecible y diabólico.

Ya se habían escrito, con mano temblorosa, disposiciones de última voluntad, por algunos espíritus fatales que presentían sucumbir en la arriesgada y endemoniada empresa. Pero cata, que donde hay ánimos ambiciosos, hay también almas desprendidas y regocijadas, que aman más lo alegre y bizarro que lo sórdido; y aquí fue el alcalde, que, a manera de ínsula quijotesca, surgió de aquel mar de irrefrenados apetitos. ¡El alcalde!, cosa increíble; pero hay de todo en este mundo; y si el espíritu de la avaricia hizo presa en los más, el diablillo de la vanagloria se coló de golpe en el alma del honrado ministro de la justicia.

Un perentorio mandato municipal puso hito a los designios de aquella turba aventurera; pero el alcalde tenía los suyos; quién sabe qué buen aire sopló en su memoria el polvillo que cubría el recuerdo de sus funciones burocráticas y le trajo a los cascos el nombre de un sumariado, que purgaba en los calabozos de la prisión la máxima pena; qué mucho, pues, que el jefe de policía —que también lo era nuestro alcalde— le ofreciese la libertad a cambio de cierta celebridad que el vanidoso empleado soñaba alcanzar? Se trataba nada menos que de ingeniarse un arbitrio para traer indemne a la población el toro de los siete colores y lidiarlo en plena plaza, en un inolvidable encierro, que cimentara de una vez su fama de hombre ingenioso, denodado y competente. Aun cuando el alcalde hacía gracia en esta forma, al penado no le hizo mucha, pues la hazaña era espionosa; pero como no era la primera que acometía en su arriscada vida, aceptó y se marchó solo al peligroso sitio.

No le infundió el lance el temor que se esperaba, pues encontróse con que nuestro temible bramador era ya tratado y lamido con sobra de familiaridad por todo el rebaño; no se le ocultó al malicioso delincuente lo que significaba para aquel desenfadado animal una cierta ternerilla, y sin ser visto tomóla de cabestro, siguiéndola dócilmente toda la vacada; la cosa iba en serio, pues cuando el toro de los siete colores comprendió que se alejaba su ideal, siguiólo resueltamente, dando suaves mugidos y envolviéndolo fastuosamente en el reflejo de sus colores.

Cuando llegaron a la población, un inmenso gentío los esperaba; estaban en los balcones, en los caballetes de las casas, en los árboles de la plaza, en el campanario; pero las calles se hallaban vacías, cosa apenas natural, pues el alcalde había tomado sus medidas de seguridad; y aquel viejo recluso, que había expiado duramente sus delitos en un oscuro calabozo, ahora entraba, resuelto y marcial, envuelto en irisados destellos. En el salón del Concejo una chirimía atacó un alegre pasacalle; todas aquellas

figuras expectantes se incorporaron, dirigiendo sus miradas hacia la torada, que en aquel momento hacía su entrada espectacular; los rostros estaban embelesados, los ojos clavados en el mismo punto, los ánimos sorprendidos. El alcalde se había levantado una tribuna sobre el toril, para que aquel espléndido aparato bovino pasara bajo su inflamada celebridad. Todo el mundo continuaba mudo bajo el hechizo del mágico espectáculo, de modo que el toro de los siete colores seguía rumiando su profana pasión, sin darse apenas cuenta de lo que sucedía; aquello que sentía era un enigma para su metálica sensibilidad y continuaba transportado en amoroso arrobó.

El ganado se arremolinaba sorprendido ante aquella elevada concurrencia; atravesaba en ese momento la plaza y todos los oídos se aguzaban, porque por sobre aquel sordo rumor de pesuñas se oía claramente el sonido argentino de las del toro iridiscente; por sobre el bosque de cuernos, sobresalían sus astas de oro; su testa se erguía y su aliento dejaba en los lomos deslucidos un polvillo amarillo y fúlgido. Cuando desaparecieron tras la poterna del toril, sucediéronse los murmullos, las exclamaciones, la admiración; los sencillos campesinos se signaron; contagiado de la unánime emoción, un joven pálido perdió su sangre fría y dejó caer en las baldosas un pomo con agua bendita; los agentes de policía se lo llevaron. Una desairada solterona se iluminaba de alegría; ¡qué edificante!, murmuraba; hasta los animales nos dan ejemplo; allí sí se encuentra el verdadero amor, que todo lo embellece, pues no ha desdenuado renunciar un temido poderío a cambio de un juicioso amor. ¡Oh! ¡Qué romántico!, exclamó una dulce adolescente; han vuelto de nuevo los galanes apasionados, que gustan más de unas suaves cadenas que de una solitaria libertad. ¡Increíble!, decía una dama elegante; prendarse tan fácilmente de una ternera de poco más o menos tan soberbio reproductor; ¡es ridículo! ¡Cherchez la femme!, concluyó el intelectual del pueblecillo; por lo demás, no es el primer enamorado de estirpe regia que tiene su morganática; hubo príncipes que dejaron el trono por una modistilla.

El alcalde estaba henchido de satisfacción y disponía la plaza; la plaza estaba cercada con una altísima barrera; ¡oh!, aquel encierro —susuerraba— dejaría una memoria imperecedera; el penado estaba plantado en medio de la plaza con un flamante capote y una desgarrada apostura; el furor de la embestida sería terrible; empezó a dudar de las buenas intenciones del alcalde; pero con la angustiosa expectativa no tuvo tiempo de añorar su calabozo, o aquello le hubiera infundido ardiente temeridad.

El jefe civil y militar hizo un signo a la banda municipal, que se preparó a ejecutar una partitura especial para aquella ocasión, que se titulaba: "Sinfonía en siete colores". Se abrió en seguida la puerta del toril; se oyeron unos gritos y crujidos de maderas; nadie dominaba su exaltación; se estremeció el suelo y bajo el sol brillantísimo, salió disparado de aquella boca oscura un meteoro, un haz de rayos, un huracán de colores, que quedó súbitamente clavado en la arena. Un grito de admiración llenó la plaza; la música se desgranaba en sostenidos y las campanas se

echaron al vuelo. Lo que pasó después fue cosa de segundos; aquel ser ultraterreno estaba en verdad desencantado; qué espectáculo tan mísero, qué desacordada chirimía, qué ruido aquel de cobres destemplados, qué vociferaciones más estúpidas, qué colores aquellos tan chillones; qué muestra tan sorprendente del barroco. Después de levantar el imponente testuz, sus ojos, que ya se remansaban en dulces contemplaciones, despidieron sus antiguas centellas; lanzó un furibundo bramido; violentos resoplidos de fuego calcinaban y levantaban la tierra, y recogíendose en los cuartos traseros, precipitóse en una carrera vertiginosa, cruzando la plaza y la barrera de un solo salto. Salió por donde había venido arrebatándolo todo; pero aun así tuvo tiempo para cerrar con un apotegma aquella aventura con los hombres: el amor nos hace débiles, pensó. Sintió detrás un galope furioso de caballos y si no hubiera cambiado de opinión sobre aquellos torpes seres que se divertían con lo más bello, les hubiera hecho frente; sintió entonces una invencible repugnancia.

En ese momento caían gruesas gotas de agua, aunque el sol brillaba aún. Había llegado a un voladizo del camino, sin preocuparse de los llaneros que lo perseguían, y dando un alado salto se lanzó al abismo. Cuando los jinetes estuvieron al borde del precipicio, quedaron sorprendidos: allí en el fondo, en un angosto llano, los antiguos e inmóviles pantanos estaban convulsos y el suelo temblaba a su alrededor; un denso vapor apenas dejaba percibir los juncos fuselados; del seno de esa nube se disparó de pronto un arco iris, inmenso y deslumbrador, que se detuvo sobre el paraje donde había aparecido el misterioso encantamiento. ¿Era aquel fenómeno la huella resplandeciente que había dejado al volar a sus seguras e inaccesibles moradas? Así se afirmaba, aunque ahora nadie pone en duda que aquel arco multicolor es el espíritu del toro de los siete colores, que se despojó de su áureo cuerpo, que tanta codicia había despertado entre los hombres y que había dado motivo para que unos astutos y despreciables seres se hubieran divertido con la más bella y única pasión que había sentido en su vida. Flotando en aquel flúido luminoso del arco iris, se aquilata el borroso sentimiento del toro de los siete colores en el lejano y amoroso recuerdo. Nadie ha sido osado a acercarse al fulgente meteorito, pues está hecho de amor y su atmósfera es ardiente y lo quema y purifica todo.

RAFAEL OSORIO R.

## LA LUNA DEL RECUERDO

Sobre el parque he visto cantar la luna del recuerdo. Esa luna niña, pandereta que tocaban los pensamientos infantiles. La niña luna que soñábamos como un pedazo de azúcar, o como una moneda eterna de risa silenciosa.

En ese parque fui niño la mitad de la infancia. En sus lomas mínimas —abruptos precipicios, terribles desfiladeros—, hice audaces emboscadas de sueños. Y más tarde, sobre el cielo inimitable del parque, que, cuando hoy empezaba a entrar de nuevo, me parecía abandonado, se dibujó la primera sonrisa de mi primera novia.

La sombra se duerme sobre el parque. Los eucaliptus vuelven a ser fantasmas y hay algo sigiloso en cada ruido. Ya canta la noche. Como un sueño lejano, se ve y se oye hervir la ciudad... Cada paso adelante, oscurece más la oscuridad.

El agua azul de la luna llueve sobre nuestras frentes. Y la noche me hace tener de nuevo ocho, diez años.

Sólo la noche puede ir pasando telones prodigiosos sobre el recuerdo. Vuelven a vivir, a hablar con nosotros, los vagos sueños que regalábamos a los árboles viejos.

Los caballos de brisa; los soldados de troncos de piedras que se lanzaban tras de nosotros al ataque; la vida prodigiosa que vivimos un día, y que hoy no podemos vivir más que en estos instantes de luna, se despiertan y cantan. Y la vida es un arroyo que se devuelve a buscar la fuente para besarla con dulzura.

Todo se siente vago en este aire de luna, aire infantil en que podemos otra vez ser niños.

Este nuevo conocimiento de lo que fue nuestro, hace temblar unas estrellas pequeñísimas que tenemos en el cielo del alma, y que los hombres que viven en el mundo de todos llaman lágrimas... cuando saben qué son, Y el aire de infancia nos baña los labios y los ojos.

Al pensar en la amada entre los ruidos misteriosos del parque y del mundo que se despierta en mí, inconscientemente voy incorporándola, volviéndola aérea en el país de mi infancia, y me parece que ella está visitándolo conmigo.

—¿No es el amor un poco niño, un niño triste que hace en todas las vidas un recinto sellado donde el país de la infancia se extiende y vuelve a ser futuro?